

Kenny, Anthony John Patrick: *La metafísica de la mente*, Paidós Studio, Traducción de Francisco Rodríguez Consuegra, Buenos Aires, 2000, 220 págs.

Anthony Kenny es un filósofo que no requiere demasiadas presentaciones puesto que su obra es harto conocida en el ambiente filosófico actual. Este ex sacerdote de la Iglesia Católica y doctor en teología, realizó su primer aporte a la filosofía con su tesis doctoral realizada en Oxford sobre “La intencionalidad de los verbos psicológicos”.

Siempre interesado por la especulación sobre temas de religión, historia de la filosofía y filosofía de la mente, se introduce de lleno en la tradición analítica contando así con un importante elemento de reflexión filosófica. De hecho, él sostiene que “el estudio del lenguaje es una herramienta filosófica útil” y que “el hombre es fundamentalmente un animal que utiliza el lenguaje”. Así, fuertemente influido por sus maestros de Oxford entre los cuales cabe citar a Ryle, Austin y Strawson entre otros, e introducido por Geach y Anscombe en el estudio de Frege y Wittgenstein, lee a Aristóteles y a Tomás de Aquino, quienes, pasados por la criba del mejor pensamiento analítico, recobran vida, fresca y actualidad.

“La metafísica de la mente”, básicamente se configura siguiendo los lineamientos del texto de Ryle llamado “El concepto de lo mental” (1949), y consta de diez capítulos que paso a describir sucintamente.

El primer capítulo titulado “El mito de Descartes”, pretende, por un lado, refutar el dualismo interiorista y privatista que coloca en órdenes separados la realidad mental y la física, afirmando la primacía absoluta de la mente sobre el mundo físico; y, por el otro, el conductismo que, surgido como reacción al cartesianismo, se ubica en las antípodas del mismo negando la existencia del reino mental en su conjunto. Ninguna de las dos posiciones permite, según Kenny, una justa comprensión de la esencia de la mente humana.

Cabe aclarar que esta disputa, se ubica en el marco de la aparición de un fuerte neocartesianismo surgido en las últimas tres décadas y entre cuyos exponentes se encuentra el lingüista Noam Chomsky.

El segundo capítulo se titula “Cuerpo, alma, mente y espíritu”. En él, nuestro autor intenta responder a la pregunta ¿Qué soy? –emanada casi espontáneamente del “Cogito, ergo sum” de Descartes–, argumentando en favor de la unión intrínseca existente entre las que, para Kenny, constituyen las cuatro dimensiones del ser humano.

Los capítulos tercero y cuarto denominados respectivamente “La voluntad” y “La emoción”, son desarrollados de manera bastante similar, realizando una minuciosa explicación sobre la naturaleza de ambos estados mentales. En el tercer capítulo, Kenny polemiza contra las dos posiciones que han tenido mayor predominancia en la tradición filosófica moderna: el interiorismo y el exteriorismo. Y en el cuarto, como digo más arriba, indaga sobre la naturaleza de las emociones, pero principalmente atendiendo a los modos lingüísticos como son expresadas. Aquí también se cuestiona la posición cartesiana.

El apartado quinto se titula “Habilidades, facultades, capacidades y disposiciones”. En él, Kenny rescata vigorosamente la doctrina aristotélica, recuperando sus agudas distinciones en contraposición a ciertas reducciones e identificaciones realizadas por el cartesianismo, el conductismo y el materialismo. Sin dudas constituye, en palabras del mismo Kenny, “...el capítulo más importante del libro...”.

En el capítulo sexto, se trata el tema: “El yo y el autoconocimiento”. Aquí el autor examina la naturaleza del autoconocimiento y argumenta contra una difundida noción contemporánea del “yo”, en la que ciertos filósofos lo presentan como a una enigmática entidad metafísica, diferente del ser humano que refiere a ella, pero oscuramente vinculada a él. Tal posición, según el autor, constituye un mito y “...por tanto ha de rechazarse como un monstruo metafísico...”. Dicha crítica está orientada desde tres perspectivas: la gramatical, la epistemológica y la psicológica.

Los capítulos séptimo, octavo y noveno, denominados “La sensación y la observación”, “La imaginación” y “El intelecto” respectivamente, se caracterizan por ser aquellos en los que Kenny más se distancia de su maestro Ryle luego de un exhaustivo análisis de cada una de esas capacidades y facultades.

Y finalmente, el capítulo diez, titulado “La psicología”, indaga sobre las distintas modalidades de optimismo científico, que en términos generales se asienta sobre la idea de que la ciencia podrá algún día dar cuenta del funcionamiento de la mente. Aborda entonces, los diferentes tipos de determinismo científico y el problema de la libertad, entre otras cosas. Tal problemática lleva también a Kenny a plantearse la pregunta acerca de cuál es el lugar de la filosofía en todo esto.

“La metafísica de la mente” es, en conclusión, una obra de sobrada estatura filosófica, que realiza consistentes aportes a partir del modo eficiente con que el autor hace participar a los clásicos en su intento por

solucionar algunos de los problemas más candentes que hoy se plantean en el ámbito de la filosofía de la mente y de la acción.

Leandro M. Gaitán

Melendo, Tomás: *Introducción a la filosofía*, Colección Iniciación filosófica, Eunsa, Pamplona, 2001, 207 págs.

Tan lejos se encuentra la historia de la filosofía de constituir un museo del pensamiento como la propia filosofía de componer un simple elenco de opiniones más o menos verosímiles. Filosofar es comprometerse con el pensamiento. De esta suerte, ningún filósofo puede presentar la filosofía sin esclarecerla con una luz muy particular, que es la de su propia filosofía. Incluso cuando por modestia se obliga a desempeñar el papel de profesor, lo que desarrolla a pesar suyo es una obra de filosofía. Ahí radica la singularidad de Tomás Melendo en este nuevo libro. Los que tengan la suerte de entrar en la filosofía dejándose guiar por un maestro tan experto y agudo, sin duda serán reconfortados al sentirse sostenidos por mano tan segura. El Profesor Melendo los previene, por otra parte: si la filosofía comienza con el azoramiento, la perplejidad y el sobresalto, no es para dejarse paralizar sino, muy al contrario, para librarse de ellos. Si no fuera para descubrir la verdad, ¿qué sentido tendría el filosofar? Lejos de ponernos en guardia contra el dogmatismo que amenaza a todo filosofía, Tomás Melendo lo concibe más bien como la promesa que debería sostener a aquél que filosofa.

Para penetrar a sus lectores con el sentido de la filosofía, Tomás Melendo procede como un gran señor que los recibe en sus vastos dominios. En primer lugar, les hace dar un vistazo al conjunto, de modo que perciban sus grandes perspectivas, su estructura, su relieve, sus comarcas. En cuarenta páginas, les presenta, a vista de pájaro, más de veinticinco siglos de historia. Se trata de un fresco, cuyos momentos principales se destacan como tantas otras figuras. Al término, nos encontramos instruidos sobre la función de la filosofía, sus distintos estilos y sus principales riesgos. Tras de lo cual pueden dar inicio los asuntos serios. La única cosa seria: una filosofía verdadera que asegure nuestra salvación, conduce nuestra existencia y nos procura tantas certidumbres como se pueden esperar de ella.